

CAPÍTULO VI.

Mientras que el Almirante exploraba todavía la costa noreste de la isla de Cuba que él tomaba por la extremidad occidental del Asia, había ocurrido un hecho que habría podido tener para él las más graves consecuencias: sus fuerzas, ya tan agotadas, se habían repentinamente reducido casi á la nada; la más fuerte de las carabelas, despues de la suya, la que mandaba Alonso Pinzon, *la Pinta*, había desaparecido, y á las alarmas que por de pronto había concebido de ella, debió sucederse muy pronto la penosa certeza de una desercion.

Este Pinzon, quien, segun la frase de las indulgentes Memorias de Cristóbal Colon, «le había hecho ya muchas otras cosas,» desde la expedicion comenzada, el codicioso y envidioso Pinzon, segun la fé de noticias demasiado descuidadas quizas por el Almirante, había resuelto buscar el país del oro al noroeste, como efectivamente se encontraba allí, y reservarse para sí solo el provecho y la honra de un descubrimiento que hubiera eclipsado todos los demas.

Colon le había aguardado algun tiempo y hasta le había hecho buscar, por cubrir el expediente; pero muy luégo, sin dejar entrever que él creyera en una defeccion, que todos tenían por cierta, había proseguido su empresa con la libertad de espíritu de un hombre superior á los acontecimientos cuales quiera que fueren. Él comprendía y sabía que ninguna traicion, lo mismo la de un Pinzon que todas las conspiraciones y mañas de un rey de Portugal, no prevalecerían hasta un momento dado, contra el poder que le asistía.

Efectivamente, despues de haber sido Alonso Pinzon para Cristóbal Colon sucesivamente un patron envidioso y un inferior sordamente hostil, debía pagar muy caro su primer acto de insubordinacion declarada. Este hombre que por sus talentos y más aún por su riqueza, se había creído superior á la obediencia, no debía recoger ningun fruto de su rebelion. Á él, que era español, á él que era uno de los acaudalados, uno de los ricos hombres de Andalucía, le estaba reservado

tener que sufrir no sólo el ascendiente de un hombre de genio, sino la clemencia del pobre extranjero que poco tiempo antes, sin los Pinzon, no hubiera podido disponer en el mar ni de una carraca.

Mientras que el traidor Alonso Pinzon se pasaba penosamente esta dura prueba, proseguía el Almirante el curso de sus descubrimientos en la Española que, á fin de evitar toda confusion, llamaremos Santo Domingo, por el nombre que recibió despues.

El primer punto á donde aportó despues de haber sondado algunos otros menos propicios para sus intentos, fué un puerto que, por excepcion, ha conservado su primitivo nombre de San Nicolas.

Sus primeros cuidados allí, con la mira quizas de un futuro establecimiento en la isla, fueron entrar en relaciones íntimas y continuas con una poblacion que le habia parecido de raza sino superior, á lo ménos más adelantada que la de las islas anteriores. La piel de los naturales de Santo Domingo era más blanca, sus facciones más regulares, más semejantes á las nuestras, y generalmente hermosas, sobre todo en las mujeres. Vivian en una desnudez un poco ménos que completa, y cada hombre, excepto los jefes, no tenía más que una sola mujer. Sabían cultivar de cualquier modo un suelo que proveía por sí mismo á la mayor parte de sus necesidades. Tenian anchos y buenos caminos. Sus chozas tenían más de un compartimiento, y á menudo acompañadas de galerías rústicas, estaban conservadas con extremada limpieza; las de los jefes eran espaciosas y cómodas y no carecían tampoco de cierta elegancia. Finalmente, un grupo de mil habitantes, que se encontró á cuatro leguas de la costa, si no correspondía á las seductoras descripciones de la famosa Cipango, podía pasar en rigor por una ciudad.

Cierto que esta ciudad se encontró completamente desierta: sus habitantes la habían abandonado, llevando consigo cuanto tenían de más precioso; pero habiéndose llevado á Colon una jóven y hermosa india, y puesta por este en libertad cargada de regalos y llena de grandes consideraciones, todo cambió repentinamente de aspecto.

Otra vez más, como decía el buen Nolo, habia Colon encontrado la mujer.

Sin embargo, el Almirante no concede en su Diario más que una mencion de unas pocas líneas á esta mujer, que les fué de tan poderoso auxilio, como por lo demas todo su sexo, en el antiguo y en el nuevo mundo. Ni una sola vez,—pero esta laguna imperdonable debe ser obra exclusiva de Las Casas, el terrible abreviador,—ni una sola vez, repito, nombra á la bella y tierna Anacoana, cuyo nombre significaba *flor de oro*.

Todavía no se ha puesto en claro, á lo ménos completamente, el papel tan importante, tan capital, que desempeñó esta flor salvaje en la historia de los primeros descubrimientos del Almirante, pero este papel se presenta de cada vez

más grande á medida que se penetra en los voluminosos y completos archivos de esta historia. Cuanto más se registra en ese venerable fárrago, más fresco, más vivo se desprende del mismo el perfume de Anacoana, la Flor de Oro; más se comprende que no será completa la historia del descubrimiento de la América, hasta que se haya considerado bajo el punto de vista americano.

Desde ahora resulta para siempre cierto,—á lo ménos Nolo no dudaba de ello,—que la bella y pura Anacoana, una de las reinas y sacerdotisas de Santo Domingo, fué para Colon, en aquella isla llena de misterios pero primeramente hostil, una aliada entusiasta, una protectora inteligente y adicta, en una palabra, y en su debida proporcion, una segunda Isabel.

Gracias á ella, llegó á ser sagrado; su origen celestial fué un dogma: fué admitido entre los dioses, los *zemés*, de una religion mucho ménos sencilla de lo que parece haberlo sospechado al principio.

Todo, pues, salía á pedir de boca, segun los deseos de Colon, cuando de repente mandó levar anclas y darse á la vela del puerto de la Concepcion, donde habia poco que estaba, y dirigióse al norte, hácia una tierra supuesta, que, segun decían los Haitianos, producía oro en abundancia. Los vientos le llevaron á la isla de la Tortuga, una isla de poca importancia por su extension, pero cuyas bellezas naturales le asombraron de tal manera, que dió el nombre de Paraíso á uno de sus valles. Allí, sea que la admiracion hubiese cambiado el curso de sus ideas, sea que comenzara á desconfiar de los informes y noticias de los naturales, renunció á buscar el oro en aquel paraíso del cual tantos filibusteros debían muy pronto hacer un infierno, y, costearo el canal que separa la Tortuga de Santo Domingo, prosiguió su exploracion de las costas de esta última isla.

Encontrólas de cada vez más y más hospitalarias, gracias á la consigna y á las impresiones sembradas por los rápidos emisarios de Anacoana.

Apénas habia anclado en el puerto de la Paz, cuando acudieron gozosos á su encuentro más de quinientos indios, y entre ellos mujeres de la más rara belleza, conduciendo á su rey, y correspondiendo por esta prueba de profunda confianza, á uno de los más vivos deseos del Almirante. Aunque este rey, ó mejor dicho, este jefe de distrito, llamado por ellos cacique, iba tan poco vestido como el más ínfimo de sus súbditos, la superioridad de su clase se dejaba ver desde el primer momento, por sus maneras más libres y más reservadas al mismo tiempo. Colon le recibió á bordo con los honores militares, y obtuvo de él algunas noticias más ó ménos útiles, entre otras acerca de la eterna Babeca, á la que, observa Las Casas, no se llegó nunca. Es evidente que acerca de esto hubo un error que lleva trazas de no aclararse jamás.

Otro cacique, no ménos benévolo, poseía un pedazo de oro grande como el puño, él mismo lo dividió en varias partes para facilitar cambios con sus huéspedes.

Anunció finalmente que había enviado á buscar mayor cantidad de tan precioso metal; él también habló de Babeca, como de un país muy cercano, y, llegada la noche, se retiró al interior de la isla donde tenía su habitación.

Pasados dos días volvió llevado en hombros en una especie de palanquin, seguido de numerosa escolta, y acompañado de dos ancianos, uno de los cuales era su consejero y el otro su preceptor, según se creyó entender. Iba á visitar al Almirante á quien sorprendió á bordo, comiendo en el castillo de popa.

Colon, cuya gravedad es admirable en semejante caso, consigna que ese cacique no le permitió molestarse, y que, invitado á tomar parte en la comida, no aceptó de cada plato más que lo precisamente necesario para no mostrarse descortes. «Portóse de la misma manera en cuanto á las bebidas que llevaba á su boca, y que después de haberlas probado, pasaba él mismo á las personas de su séquito. Su semblante, sus ademanes, eran de notable dignidad.»

Esta dignidad y esta discreción no resistieron, sin embargo, á la vista de un objeto que, sin duda, sobrepujaba en magnificencia á todo cuanto había podido tentar hasta entonces á un príncipe tan bien educado.

Mientras que Colon hablaba con él por medio de los indios de San Salvador, que llevaba para servirle de intérpretes, el cacique se mostró repentinamente distraído; sus ojos se dirigían frecuentemente, y como á pesar suyo, hacia la colgadura de cama del Almirante. Apresuróse este á ofrecérsela con un par de zapatos encarnados y un collar de cuentas de ámbar, con lo que ya no tuvo límites la gratitud del cacique y la de sus oficiales, y la opinión que se esforzaban por imprimirles de España y de sus reyes, ganó más con el regalo de aquella colgadura, que con todo cuanto hasta entonces se les había dicho. Más que nunca fueron considerados los dos reyes como dioses que reinaban en el cielo. No había llegado aún el tiempo en que un atrabiliario escritor les haría decir:

«Yo los creo hijos de aquellos malvados dioses, para quienes son nuestros males y nuestras lágrimas el más dulce de los incienso. Léjos ellos de ser dioses, son lo que somos nosotros: viejos, achacosos, mortales. Pero si eran hombres, ¿qué germen pudo producir en su corazón tal exceso de ira y ferocidad?»

Que se pasen unos cuantos meses, y esta ira, esta ferocidad, se arrojarán sobre ese pueblo inocente, bueno, inteligente, hospitalario.

Interin, si participaba del culto de sus grandes, de sus jefes, por aquellos dioses bienhechores á tan poca costa, ya la malicia ordinaria en los súbditos, unida á relaciones más frecuentes, más continuadas, y ménos contenidas por la etiqueta, le habían revelado varias clases entre aquellos dioses y muchas flaquezas hasta entre los de primer orden. Entre otras explotaba ya la sed de oro que les dominaba á todos indistintamente, y á la palabra oro que tenían siempre en la boca res-

pondía por indicaciones y promesas siempre más deslumbradoras y quiméricas.

Para halagarles, ya se les aseguraba que en tal ó cual sitio reinaba un jefe cuya bandera estaba hecha de una inmensa placa de oro batido; ya se les hablaba de un río que arrastraba oro en sus arenas; más léjos, al Este, era tan común el oro que no había más que agacharse para cogerlo. Un anciano llegó al extremo de decir que una de las islas de donde él procedía no era más toda ella que una roca de oro.

Colon no daba más que muy poca fe á estas palabras que iban acompañadas de muy pocos efectos. «Aunque estas gentes, escribía, viven cerca del país donde se encuentra oro en abundancia, creo que tienen muy poco.» Y efectivamente, si hubiesen tenido más, habríanlo dado sin vacilar en cambio de los abalorios, de los lazos encarnados, de las agujas, y principalmente de los cascabeles, maravilla de las maravillas, cuyo sonido claro y alegre exaltaba hasta el delirio su infatigable pasión por la danza. Por poderse atar á las muñecas ó al tobillo aquellos agujones, aquellas alas sonoras, aquellos *chuq-chuq*, como los llamaban ellos, daban todo lo que tenían: papagayos domesticados, arcos, flechas trabajadas con un gusto bárbaro pero encantador, pequeños delantales de algodón, pan de cazabe, frutas, perfumes, especias y toda otra clase de géneros.

Por lo demás, á menudo ofrecían estos mismos objetos por nada, por el solo placer de dar; por esto Colon infería exactamente de tanta liberalidad que las comarcas donde *nacía* el oro no estaban en su posesión, sino en la de los Caribes ó Caribes. Quizas hasta no les habría disgustado que el Almirante y su pequeña compañía de dioses hubiesen ido á disputar aquel oro á tan crueles enemigos de su raza.

Colon, empero, reincidía en un error autorizado por las más raras relaciones de sonidos, cuando habiendo oído dar el nombre de Cibao á aquellas regiones auríferas, se apresuró á formar de Cibao Cipango, como ya se había equivocado infiriendo de Kaniba la cualidad de súbditos del gran Kan.

Lo más curioso, empero, en este error es que la verdadera isla de Cipango, actualmente el Japon, tenía entonces un Dairi tan pobre que no pudo ser enterrado decentemente. Además, la población de aquellas islas era inmensa, belicosa y tan poco hospitalaria, que léjos de acoger extranjeros como dioses, les hubiera indudablemente prohibido el acceso á su territorio.

Colon era, pues, mucho más feliz de lo que pensaba, cuando, mecido por ilusiones fecundas en resultados prácticos, acababa de explorar la costa noreste de Santo Domingo. Además, por todas partes recibía igual acogida: en cada escala se renovaban casi idénticamente las escenas que más arriba hemos visto, de la misma manera que el oro sin prodigarse aún, se mostraba de cada vez ménos raro, proba-